

La **Segunda Bienaventuranza** es: *"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados"* (Mt 5, 4). Esta promesa no ensalza la tristeza por sí misma, sino el dolor que surge del arrepentimiento, de la compasión por el sufrimiento ajeno y del anhelo de Dios. Es la bienaventuranza de la **empatía sagrada**.

¿Con qué Obras de Misericordia se conecta?

Esta bienaventuranza encuentra su canalización directa en las obras que buscan **acompañar el dolor del prójimo**:

1. **Consolar al triste (Espiritual)**: Es la conexión más evidente. Quien sabe lo que es llorar ante Dios por su propia fragilidad o por la injusticia del mundo, desarrolla una sensibilidad especial para acercarse al que sufre. No se trata solo de dar palabras de ánimo, sino de "estar", de compartir el peso del alma del hermano.
2. **Visitar a los enfermos y a los presos (Corporales)**: Estas obras sacan al cristiano de su comodidad para entrar en los "valles de lágrimas" del prójimo. El que llora con los que lloran no teme entrar en el hospital o en la cárcel, porque reconoce allí el rostro sufriente de Jesús que busca consuelo.
3. **Enterrar a los difuntos (Corporal)**: Acompañar el duelo es una forma de honrar la esperanza cristiana frente a la muerte, transformando el llanto de la pérdida en una oración de confianza.



¿Para qué sirve esta conexión?

Sirve para transformar el sufrimiento en **amor activo**. Sin las obras de misericordia, el llanto puede volverse desesperación o aislamiento. La conexión con la obra de consolar al

triste permite que el propio dolor se convierta en una "escuela de misericordia", donde el consuelo que recibimos de Dios lo transmitimos a los demás.

Importancia para la Iglesia

Para la Iglesia, esta unión representa su misión como **"hospital de campaña"**. En un mundo que huye del dolor y oculta el llanto, la Iglesia reivindica la importancia de la ternura. Practicar el consuelo basado en esta bienaventuranza permite que la comunidad cristiana sea un refugio donde nadie tenga que llorar solo, manifestando que la victoria final de Dios es enjugar toda lágrima de nuestros ojos.